



¿DE LA PRIMAVERA AL INVIERNO ÁRABE?

Por Noemí Rabbia

*Publicado originalmente en la Revista Newsweek- Edición Septiembre 2013

Luego de la peor crisis económica internacional de los últimos tiempos, la primavera árabe tuvo lugar de forma inesperada e intempestiva. Marcó cambios profundos en la región, así como efectos macro-sistémicos contundentes. La misma se inició a fines del 2010 con la ola de protestas en contra del régimen tunecino de Zine el-Abidine Ben Alí, después de más de dos décadas de su permanencia en el poder. Posteriormente, tuvo un efecto dominó que impactó sobre las autocracias de mayor data en el norte africano y parte de Medio Oriente. El caso de Túnez se constituyó el comienzo de una larga serie de sucesos que reconfiguraron la escena política regional árabe y magrebí. El interés sobre estos hechos no tardó en aparecer, ya que se trata de una de las regiones geoestratégicas más sensibles a los intereses Occidentales y rusos. Estos sistemas autocráticos habían sido sostenidos política y económicamente por los mismos países que más adelante quisieron poner fin a la autocracia libia bajo argumentos humanitarios. Se evidenció así un doble discurso, no desconocido en la política exterior norteamericana, pero renovado en el caso de las potencias europeas. Pese al optimismo democrático inicial, los casos de Libia y Egipto son diferenciables pero también presentan desafíos in-

ternos. Ambos tienen actualmente la capacidad de inclinar la balanza a favor o en contra de los balances sobre esta tan mentada primavera.

En el caso de Libia, los intentos por hacer sobrevivir al aun joven gobierno conviven con actos permanentes de violencia y las secuelas de la guerra civil que

“El panorama actual ha desilusionado a los más optimistas quienes asumieron apresuradamente que la democracia según los atributos occidentales sería la única salida a estas crisis.”

Libia no ha superado y Egipto comienza a abrazar. El futuro político de estos países resulta por estos días, no sólo incierto sino también más complejo de lo que comúnmente se asume.

El panorama actual ha desilusionado a los más optimistas quienes asumieron apresuradamente que la democracia según los atributos occidentales sería la única salida a estas crisis. La aquiescencia de los organismos internacionales, mostrando dualidad a la hora de responder frente a las matanzas como las de Egipto, caso contrario a lo ocurrido en Libia y a lo que se está presenciando en Siria, han profundizado esta sensación. Es erróneo pensar que la génesis de estos dos casos se remite a un solo factor. La situación po-

lítica y social de estos países debe ser entendida por medio de una multiplicidad de factores intervinientes que explican su origen y desenlaces.

Es fundamental comprender que estas sociedades se estructuran en forma diferente a las occidentales. En el caso de Libia, su composición eminentemente

clánica -está compuesta por al menos 150 clanes diferentes- es el desafío más importante. Más allá de la inexperiencia política, Libia se encuentra en pleno camino de refundación de un sistema político y la construcción de una ciudadanía que logre superar las diferencias de los tribalismos y regionalismos. En el caso de Egipto, el derrocamiento del presidente electo Mohamed Morsi y las matanzas perpetradas por las fuerzas militares y los Hermanos Musulmanes, ponen de manifiesto que las reglas de juego con que se dirimen las luchas políticas en estos países no son tan simples de adaptar a los modelos democráticos occidentales.

La democracia como cifra y compendio de la modernidad po-

dría una vez más acarrear como resultado el forzamiento de estructuras políticas para las cuales Libia y Egipto, dadas sus particularidades culturales, étnicas e históricas – es decir, sus condiciones estructurales – quizá no esté en su etapa superradora.

Aún es muy pronto para encontrar el camino de la paz y la estabilidad política y social en estos países. Económicamente, la situación fue estabilizada rápidamente debido a los intereses económicos foráneos subyacentes, sobre todo en el caso de Libia donde la producción de petróleo se restauró a niveles precedentes a la guerra incluso antes de terminada la guerra.

Siria también muestra hasta qué punto las potencias meten sus narices en los asuntos de otros países en forma selectiva. Se habla por estas horas de un ataque inminente al régimen de Bashar al Assad, impulsado por Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Existe una oposición explícita de las sociedades civiles a la guerra, un reclamo del Partido Laborista británico de la comprobación de la existencia de armas químicas y el pedido de Ban Ki Moon de “darle tiempo a la diplomacia”. No obstante, la prima de los intereses sobre este territorio estratégico y la posición de Irán al respecto serán los que se disputen la decisión en última medida, más allá de la legalidad internacional y sus visiones.